

La insoportable fragilidad del ser

Milagros (22 años)

¹ La historia de Milagros formaba parte de un trabajo más amplio presentado por la autora en octubre de 2008 como trabajo final del posgrado de CPSEA.

Venimos diciendo a lo largo de este libro que estamos hechos de historias. Historias que se mezclan con otras historias, que se entretajan con las de otros. Quien más, quien menos, todos podemos hacer algún relato de nuestra vida. Y en el momento en que alguien decide hacer una consulta con un psicoanalista, tiene algo que contar. Y sucede que algunos pacientes, mientras van contando su historia, cuentan –aunque sin notarlo– acerca de su fragilidad, acerca de su vulnerabilidad, acerca de su no saber quiénes son, ni qué quieren, ni quién los quiere. A medida que los voy escuchando, a medida que los voy comprendiendo, a medida que los voy queriendo, siento que no sienten. Tal vez no sienten por esto que no saben...

I. Hablemos de Milagros

Voy a contarles la historia del tratamiento de una paciente. Milagros es su nombre. Tiene ahora 24 años, tenía 22 cuando yo la vi por primera vez. Nacida en una familia tradicional y acomodada del interior de la provincia de Santa Fe, es la menor de cuatro hermanos. Al terminar el secundario se vino a estudiar aquí, a Buenos Aires. Sin embargo, no pudo estudiar. En realidad, no pudo sostener ninguna de las cuatro o cinco carreras que emprendió. Las empezaba con muchas ganas, rendía los primeros exámenes y los aprobaba con notas muy altas; sin embargo, a los poquitos meses, las ganas se iban... se esfumaban. Entonces, abandonaba. Es por esto que una tarde, hace dos años, llegó al consultorio. Porque vino a la Capital a estudiar, pero no está estudiando.

Milagros es muy bonita. Tiene una cara linda y un cuerpo delgado y armonioso. No obstante, su mirada celeste no expresa, no transmite, no dice nada. Sus ojos están vacíos, géli-

dos... La sonrisa que a veces se dibuja en su cara no se relaciona con sus ojos. Su boca sonríe, sus ojos no.

Muy correcta al hablar, muy correcta al saludar, siempre puntual... El timbre suena a la hora señalada, ni un minuto antes ni un minuto después. Las sesiones empiezan todas, siempre, de la misma manera. Apenas se recuesta en el diván dice "Bueno...", y empieza a hablar. Es capaz de hablar cincuenta minutos sin interrupciones. Habla, cuenta, descarga, pero no sé si me comunica algo. Su tono es siempre el mismo; lo gracioso y lo dramático suenan igual en su voz.

El primer año y medio de tratamiento transcurrió, sólo transcurrió. Acordamos vernos dos veces por semana, y ella dos veces por semana venía. *Cumplía con lo que tenía que hacer*. En ese año y medio yo me ocupé mucho de ella. Sentía la necesidad de consultar a mis supervisores con mucha frecuencia; la pensaba, la imaginaba. Ella existía para mí mucho más que las dos horas de tratamiento semanales. Sin embargo, siempre sentí que yo comenzaba a existir para ella solo un rato antes de que tocara el timbre, y me desvanecía en el instante mismo del saludo de despedida. ¿Qué era eso tan raro que nos pasaba? ¿Cómo podía ser que no se generase un vínculo? Para mí era una gran sorpresa, una sorpresa desagradable y preocupante, esta sensación real de que entre ella y yo no existía nada.

Les cuento algunos sucesos...

Sucedidos/1¹

Ya estaba en tratamiento cuando se puso de novia con Lucho, que también nació en su ciudad. Lucho es peluquero. La relación fue creciendo y pasan muchos días juntos. Fue creciendo con muchos altibajos. Milagros es, según ella cuenta, extremadamente celosa. Sabe que sus celos son infundados... nacen y crecen dentro de su imaginación, pero a medida que se van agrandando es como si pudieran salir de su cabeza y tomar forma en el cuerpo de cualquier mujer. La chica de la tapa de la revista que muestra su cola con una mirada provocativa puede estar mirándolo a él; entonces él, cuando la mire a ella, en realidad va a estar recordando a la chica de la tapa de la revista. Todo esto se arma dentro de ella en pocos segundos... Segundos más que suficientes para no hablarle más a Lucho, o para provocarle una furia tan grande que tiene la fuerza de un tsunami. Es como si le dijera: *“No me enfurezco por lo que hacés, sino por lo que se te puede ocurrir hacer”*. Y se convence de que *“...entonces yo no soy suficiente para Lucho, conmigo no le alcanza para tener placer...”*.

Sucedidos/2

Sucedió también que en ese tiempo se fue de vacaciones con sus amigas. Su papá le prestó la camioneta, y ella, como una adulta responsable, manejó hasta las sierras, chocha... ella y todas. Pasaron los días, las vacaciones se terminaban, y había

² Esta manera de relatar algunos hechos titulándolos “Sucedidos” no es mía. La leí en *El libro de los abrazos*, de Eduardo Galeano, y me gustó tanto que la adopté para este trabajo (Galeano, E. *El libro de los abrazos*, Siglo Veintiuno de España Editores, 1989).

que volver. En el camino de regreso, la camioneta se rompe. Lo llama a papá, y papá le pregunta: “*Pero ¿qué le pasó a la camioneta, qué le hiciste? Bueno, quedate ahí, no la toques, yo llamo al servicio mecánico para que la vayan a buscar y la lleven a un taller. No hagas nada, por favor*”. Eso fue lo que hizo, nada. Esperó al servicio mecánico mientras sus amigas decidían volverse en micro. Al final, el padre viajó a buscarla. Nunca pensó si el buscarla se refería a ella o a la camioneta. Nunca lo pensó, hasta ahora.

Sucedidos/3

Lo más doloroso que aconteció en su vida sucedió demasiado rápido; aunque fue tan profundo que, por momentos, el dolor parecía haberse instalado. Milagros tenía, según siempre contó, una relación “genial” con su mamá. Nunca se pelearon, nunca discutieron. “*Mi mamá es la mamá que todas mis amigas en la adolescencia querían tener, porque ella es recompinche, nos escucha a todas, nos da consejos a todas, rebien con mi mamá. Con mi papá es distinto, yo nunca hablé de nada con él, siempre es ella con la que quiero estar, la que me llama...*”. Un día de abril, su mamá la llama para contarle que tiene un dolor en el vientre, que no puede dejar de vomitar y hay sangre en su materia fecal, y que va a viajar a Buenos Aires a realizarse unos estudios. A Milagros ese llamado la preocupó mucho. Su mamá siempre fue una mujer saludable, ¿qué podría ser...? Mamá se enfermó, ¿se puede morir? Sí, se puede morir, y mamá se murió. En solo un mes y medio, largo, sufrido, inexplicable, la vida de su mamá se extinguió. Un tumor se la tragó, de una manera cruel, violenta, desgarradora, implacable.

Durante el mes que duró la internación de su mamá, Milagros casi desapareció del análisis o, mejor dicho, el análisis

desapareció de su vida, si es que en ese momento formaba parte de ella. Fue cada vez más difícil para mí encontrarla... No atendía mis llamadas, no respondía mis mensajes. Si alguna vez me hablaba su voz era fría y distante, sin emoción; me contaba sin grandes detalles acerca del estado de salud de su mamá, y ante mi pregunta: “¿Y vos cómo estás, Milagros?”, ella solo respondía: “Aquí, esperando...”. Su mamá falleció un domingo de mayo, y a partir de entonces, por casi un mes, también Milagros parecía, aún más, haberse esfumado. Durante todo ese tiempo yo no sabía qué hacer, ni cómo hacer; si llamarla o no, si escribirle o no; todo el tiempo la inseguridad me invadía al pensar en cómo actuar con ella. Su fragilidad se me representaba como una especie de cristal delicado y quebradizo, pero al mismo tiempo impenetrable.

Cuando por fin apareció, después de un mes, no hubo lágrimas, ni emociones, ni preguntas... solo hubo relatos. Parecía que al trabajo de duelo le faltaba un tiempo para aparecer en escena. Y poco a poco fue apareciendo... primero en forma de pesadillas nocturnas, luego en forma de enojo. Una vez, al abrirle la puerta cuando llegó, me asusté. Flechas envenenadas parecían salir de sus ojos y clavarse en mí; su sonrisa al verme no fue suficiente para apaciguar el efecto... Sus ojos estaban llenos... llenitos de furia. Después del primer impacto se me pasó el susto, y sentí dentro de mí una especie de grito triunfante, grito que decía “¡Vamos...! ¡Bien...!...”. Algo estaba cambiando, estaba empezando a sentir... Donde antes no había nada, ahora había furia... había vida interior.

Sucedidos/4

Un día decidió hacer un curso de peluquería, como Lucho. Y antes de empezarlo, y de volver a dejarlo, como solía

hacer, él le propuso comprar la peluquería que vendía un amigo, en pleno corazón de Palermo Soho. El puso parte del dinero, y ella le pidió a su papá lo que restaba. No fue sencillo abrirla, los trámites fueron muchos y engorrosos, y de pronto se encontró siendo la Socia/Gerente de una Sociedad de Responsabilidad Limitada. Como Lucho pasaba la mayor parte del día trabajando en la peluquería de su cuñado, fue preciso contratar a alguien “que sepa” para atenderla, porque “yo, no sé...”.

—Lo que más me duele de mi papá es que me dio la plata para comprar la peluquería y nunca me llamó para preguntarme nada, me dio la plata y punto. No me preguntó cómo van los trámites, o si necesito algo, qué se yo... Yo le dije ‘acordate de llamarme’, en chiste... porque a mi hermano lo llama pero a mí no. La pelu todavía no la conoce, nunca vino... Cuando nos dieron la llave le mandé un mensaje contándole, le conté también que ese día íbamos a ir con el arquitecto para ver el tema de los arreglos, y él respondió con otro mensaje: ‘OK, qué bueno’, me dijo... Ni me llamó...

Sucedidos/5

Al poco tiempo de abrir la peluquería, sucedió que las cosas con Lucho empezaron a estar mal. Los desencuentros fueron cada vez más frecuentes; se generaban discusiones, una tras otra, con palabras duras, ofensivas, o con silencios incómodos y cortantes. Ella siente que él no la entiende. “Si yo soy la dueña del local, ¿por qué tengo que ir temprano? ¿No puedo ir a la hora que yo quiera? Y además, si tengo ganas de irme a la costa con Lucre desde el miércoles, que él sabe que es mi reamiga y yo la adoro, ¿por qué no puedo? ¿No se da cuenta de que es importante para mí irme unos días?”. Ella siente que él le exige de una

manera exagerada, cuando en realidad *“si yo soy dueña puedo hacer lo que quiera. Él exige en todo, pero es incapaz de hacer algo en la casa, por ejemplo... No levanta la mesa después de comer, no lava ni un plato, deja todo tirado”*.

En ese momento, más allá de la peluquería, ya no sabía qué la unía a él.

Sucedidos/6

Viernes a la noche. Después de las 12, cuando ya sea sábado, cumplirá años. El primer cumpleaños sin mamá. Para no hacer un asado, como todos los años, papá contrató a un señor que hizo pizzas riquísimas y variadas para todos los comensales. Lucho también estaba invitado. Pero casi ni se hablaron. Después de cenar iban a bailar. Lucho no quiso ir. *“Estoy cansado, manejé mucho hasta acá hoy, me voy a dormir”*... *‘Bueno, le dije yo...’*. Él se fue, y ella también.

Esa noche tomó mucho alcohol; estaba un poco ebria. Se encontró con Nicolás, con quien había intercambiado algunas miraditas y se habían dado *“algunos besos”* un tiempo atrás, antes de Lucho. Nicolás es un poco *“raro”*, a veces está deprimido, le gusta estar solo, y sufre mucho porque los padres se separaron y porque una chica lo dejó sin su amor. Es por eso que ahora necesita tomar algunas pastillas para no sentirse tan triste.

Esa noche se miraron una sola vez, y fue suficiente para irse juntos. *“Cuando Nico habla, yo me escucho... parece que dice lo mismo que yo siento. Él es como yo, se siente mal y llora... Yo lo miro y me da bronca que esté así, porque yo también me siento así... me siento identificada con él, él me entiende...”*

Pasaron la noche juntos. Hablaron mucho, se escucharon mucho, estuvieron mucho tiempo en silencio... hicieron el amor. A medida que el sol asomaba y el alcohol se evaporaba, la confusión y la culpa crecían dentro de ella. Junto con el alcohol, Nicolás también se evaporó...

Sucedidos/7

Este sucedido, en realidad, me sucedió más a mí que a ella. Finalizada una sesión, antes de irse, arreglamos un horario diferente para la sesión siguiente. “¿Te anoto el horario en un *pa-pelito*?”, le pregunto. “No, *Silvi*, está bien, me acuerdo...”, me dice. *Silvi*... ¿me dijo *Silvi*...? Por lo general, mis pacientes no me nombran, no dicen mi nombre cuando me hablan o cuando me saludan. Ella sí, siempre me dice “*Hola, Silvina... Bueno, Silvina... Hasta el lunes, Silvina... Buen fin de semana, Silvina...*”. Pero *Silvi*..., nunca. Algo me recorrió el cuerpo como una ráfaga. ¿Cómo explicar el estremecimiento que sentí? ¿Cómo explicar que en ese “*Silvi*” pude ver la sonrisa de un bebé con la panza llenita de leche tibia, con la boca llenita de olor a mamá, y con los ojos llenitos de gracias?

.....

Muchas veces tuve la impresión, con Milagros, de estar trabajando sesión por sesión y de que cada una de ellas no tenía relación con la anterior ni tampoco la tendría con la que le siguiera. Como si hiciéramos un lazo una vez, después se cortara el hilo, y en la siguiente hiciéramos otro lazo, y volviéramos entonces a cortar el hilo... y así muchas veces... Ahora siento otra cosa, ahora siento que podemos hacer lazos sin cortar el hilo, ahora siento que entre ella y yo hay algo que vamos tejiendo juntas, que yo existo para ella más allá de sus

sesiones, que empiezo a formar parte de su vida, que me piensa... *Ahora siento que empieza a sentir.*³

2. Intentando comprender ⁴

Vincularnos...

Empecemos por el principio. Al menos por el principio del tratamiento. Milagros fue durante mucho tiempo una de las pacientes a las que más horas de supervisión le dediqué. No la podía comprender. No me podía comprender. Yo sentía que entre ella y yo no había nada. Si ella venía dos veces por semana, siempre a horario, siempre correcta, siempre cumpliendo, ¿por qué yo sentía que ella no sentía nada? ¿Por qué cuando la puerta se cerraba después de saludarnos hasta la próxima sesión yo sentía que desaparecía de su vida?

³ Inestabilidad del yo, inestabilidad de la propia imagen, vivencia de aburrimiento, sensación de vacío, ansiedad difusa constante y sin causa aparente, mudanzas de humor muy marcadas, trastornos de la historicidad, vacíos en los relatos, autoestima siempre inestable, dificultad para mantener y sostener proyectos, identidad lábil, sentimientos de furia, temor profundo al abandono, etc.: en la bibliografía psicoanalítica encontramos todas estas descripciones, que en su conjunto se refieren a una particular organización del trastorno narcisista llamado “personalidad *borderline* o *fronteriza*”. Yo podía ver en Milagros varios de estos signos. Para trabajar con ella me ayudó mucho la lectura, entre otros textos, de Lerner, H., Sternbach, S. (comps.) (2007) *Organizaciones fronterizas, fronteras del psicoanálisis*, Lugar Editorial, Buenos Aires, 1ª Ed. 2007 y de Baldino, O., “Charlas sobre estados fronterizos y fronteras del psicoanálisis”, presentación en un Ateneo de Cpsea, 25/9/2008, inédito.

⁴ El siguiente apartado surge del trabajo realizado en supervisiones con los Lic. Oscar Baldino y Domingo Boari.

Es posible que esta sensación mía remita a alguna vivencia de ella. Si es así, ¿a cuál? También es posible que esa vivencia tenga que ver con sus primeros momentos de vida, y que con el tiempo, se haya ido repitiendo una y otra vez. Me importa subrayar, en esta ocasión, que la impresión de “desaparecer” cuando la puerta se cierra, como en los cuentos de hadas, me dejaba a mí vacía, como esas muñecas de plástico que por dentro no tienen nada, solo aire.

Deseo de análisis...

—Hola, Silvina, ¿cómo estás? Me acosté hace una hora porque me quedé mirando una peli. Voy a tratar de dormir, te llamo a la noche. Un beso.

—Hola, Silvina, ¿cómo estás? No puedo ir hoy porque me duele la muela. Un beso.

—El jueves no puedo ir porque me voy de viaje. Nos vemos la semana que viene.

Estos son algunos de los muchos mensajes de texto que recibí de Milagros a lo largo del tratamiento. Nunca quiso recuperar las sesiones que no vino, aunque pagara por ellas. Hubo períodos, incluso, como en los días que antecedieron y sucedieron a la muerte de su mamá, donde literalmente “desapareció” para mí. Muchas veces tuve la asfixiante sensación de que el proceso de análisis continuaba sostenido únicamente por mi propio deseo de analizarla... ella no lo deseaba. Es como si hubiera una falla en su función deseante. ¿Se habrá sentido “deseada” auténticamente, alguna vez?

Incertidumbre...

Muchas veces, ante estas ausencias, prolongadas o no, yo me he sentido como una chiquilina insegura, sin saber qué hacer. ¿La llamo o le escribo un mensaje? ¿Espero que me llame ella? ¿Y si la llamo y no me contesta, qué hago? No suele sucederme esto con otros pacientes, y junto con la incertidumbre aumentaba mi angustia. ¿Cómo es posible que dude tanto? ¿Esto es mío, o es de ella?

Así como he sentido en distintos momentos que el motor del tratamiento era únicamente mi deseo, también entendí que no es raro que con una paciente como Milagros yo no sepa cómo actuar. Su indiferencia me confunde. ¿Qué hago entonces? Si la llamo, la invado... pero si no la llamo, la abandono. ¿Qué es más peligroso? Depende... depende del humor que en ese preciso momento la acompañe. Creo, sin embargo, que la vivencia de abandono (que ella piense "*Silvina no me llama, no le importo*") es más angustiante que la intrusión. Tal vez sienta que yo sí soy capaz de tolerar su abandono.

Vivencias prestadas...

Desde el primer año del secundario, Milagros tuvo un grupo de seis o siete amigas "inseparables". Las familias de estas amigas eran *conflictivas*, todas. "*La mamá de Luli es enferma, la hermana de Cata se droga, los padres de Mili se llevan remal...*". Sin embargo, a ella nunca le pasaba nada. Su familia es muy normal, no hay conflictos. Todos se llevan bien, nadie discute con nadie... Hasta hace un tiempo, bastaba que sonara el teléfono y Luli le contara que estaba triste porque se le rompió esa uña que con tanta dedicación limó, para que Milagros sa-

liera corriendo a su casa y lloraran juntas. Así era con todos todo el tiempo. Sufría el sufrimiento de los otros y reía la alegría de los otros. Una especie de mimetismo siempre la caracterizó.

Esto mismo, en otros contextos y situaciones, le sucede muy seguido. Eligiendo carreras que otros eligen, vistiendo ropas que otras chicas visten, llorando con el señor de la tele que pesa 180 kilos porque entiende su desdicha; conmoviéndose con la protagonista de la película de la noche abandonada por un novio; angustiándose por los dolores de sus amigas. Pero no se trata de esa angustia que dice *“Te comprendo, te acompaño en tu dolor... Qué penoso lo que te pasa...”*. Se trata de una angustia que dice *“Yo sufro con vos, a mí me pasa con la misma intensidad... Yo soy vos...”*.

Es entonces cuando a mí me queda más claro lo borrosa y difusa que es su identidad. Ella no sabe bien cuál es el límite que la separa de los demás, que la diferencia de otros. Se confunde, no distingue dónde termina yo-Milagros y dónde empieza vos-otro, que no soy yo.

El cuerpo que siento, ¿soy yo...?

–El sábado me agarró una contractura en la espalda que me mató, fui al traumatólogo y me indicó diez sesiones de kinesio....

–Tengo cistitis, empecé ayer a sentir un ardor terrible... Me pasé la noche sentada en el inodoro, es horrible....

–Me descompuse feo ayer a la tarde, no paraba de vomitar, muchos cólicos... Todavía me siento mal, no voy hoy a sesión....

–Tengo el colesterol por las nubes... Es crónico, me dijo el

médico. Tengo que hacer una dieta estricta, no puedo comer grasas ni frituras....

Los síntomas tienen en su cuerpo una presencia casi permanente. ¿Será esa su manera de sentirlo? Ante cada dolor, o cada descompostura, o cada menstruación dolorosa, la cama es el mejor refugio. Se asusta mucho, aunque no lo pueda decir. Es como si todo el tiempo su cuerpo le estuviera diciendo: *“Sentime..., aunque sea sentime en el dolor”*.

El cuerpo que veo, ¿soy yo...?

Milagros es delgada, mediana estatura, pechos generosos... es muy linda. Sin embargo, cuenta que muchas veces se sintió gorda, aun cuando usaba el talle más chico de pantalón para chicas. *“Me miraba en el espejo y me veía fea, gorda, aunque todos me decían que no, que estaba loca, que era reflaquita...”*

Ahora, con su dieta estricta para bajar el colesterol, combinada con otra dieta estricta para la gastritis que suele tener, está más delgada todavía, se la ve más chiquitita. Pero ella no lo nota. *“Estás más delgada, Milagros...”* –le digo–. *“Sí, todos me dicen lo mismo, pero no, yo no me doy cuenta...”*

Se mira en el espejo, y no siempre se ve igual. Ni tampoco se ve como los otros le dicen que la ven. El espejo... ¿distorsiona?

“No puedo terminar nada de lo que empiezo...”

Hace ya seis años que Milagros está en Buenos Aires. Su primera intención al venirse fue la de estudiar. Empezó varias carreras, algunas en la UBA, otras en facultades privadas. El solo hecho de pensar en la carrera que había elegido en un

momento determinado la llenaba de entusiasmo. Arrancaba con mucha fuerza, acomodaba los horarios, nunca faltaba a las clases, estudiaba para los parciales y los rendía muy bien, con excelentes notas... Sin embargo, a medida que pasaban los días, las ganas también pasaban... se esfumaban. Y el desgano, la falta de interés, el abatimiento, se mezclaban una y otra vez con el fastidio y la furia y la horrible sensación de “otra vez me pasa lo mismo...”.

—...*No puedo terminar nada de lo que empiezo..., siempre es igual, me desinflo enseguida, me aburro, veo que mis amigas ya se están recibiendo y yo todavía en veremos... Me da una furia... además estoy harta, harta, me pone fastidiosa, me irrita ser así..., me siento vacía, eso... al final no puedo nada...*

Una y otra vez se repite la misma situación... Una y otra vez aparece la dificultad para mantener y sostener los proyectos en los que se embarca. En la secundaria le pasaba con los novios, y ahora le pasa con las carreras. Pero la sensación, antes y ahora, es la misma: desgano, aburrimiento, inconsistencia, impotencia... y un profundo vacío.

Celos furiosos...

En los primeros tiempos con Lucho, él fue el amor de su vida. Lindo, trabajador, “*buen muchacho*”, cariñoso. Ella no tenía ojos más que para él, y él —según cuenta Milagros— no tenía ojos más que para ella. Sin embargo, en un momento surgió la duda. “*Por momentos siento que lo pierdo, siento que él podría tener al lado a cualquier otra mujer mejor que yo...*”.

Y en esos momentos, junto con la duda aparece la furia. “*Me pongo mal, mal, me enquezco de celos, todo me cae mal. El*

sábado en el boliche, estaba bien, y en un momento se me ocurrió que él no tenía ganas de estar conmigo y me puse como loca, me fui corriendo de la pista, lo empecé a tratar mal, le dije que era una basura, que se fuera con los amigos si no tenía ganas de estar conmigo... y Lucho no sabía de qué le estaba hablando... Yo me doy cuenta de que me pongo ciega, pero no lo puedo evitar... Es un momento loco, me saco, no razono, digo cosas de más...”.

Tal vez, estas “ideas extrañas” que se apoderan de ella, que toman la forma de ataques de celos y la ponen tan furiosa, sean sentimientos muy primarios, que tengan que ver con lo más constitutivo de su propio ser: con su identidad. Cuando Lucho mira a otra chica, o mira la tele, o a ella se le ocurre que él no tiene ganas de verla, Milagros siente que desaparece, que deja de existir. *Y cuando él deja de mirarla, ella siente que desaparece en el mundo.* Es una vivencia demasiado espantosa. De un momento a otro, abruptamente, pasa de sentirse bien a sentir que no vale nada, que “no existe”, ni para Lucho ni para nadie...

Hablemos de sexo...

A los 17 años Milagros hizo por primera vez el amor, con un novio de ocasión. Las primeras veces fueron dolorosas y no disfrutaba nada. Además siempre se lastimaba, algo le dolía... *“un desastre...”.* Hasta que con Lucho todo cambió... Con él sí que es lindo el sexo... Se atreve a hacer cosas que ni se imaginaba. *“Con Lucho estamos rebien... Me compro ropa erótica, me disfrazo... Yo le cumplo las fantasías... Lucho me dice que soy una perra, que de solo pensar en mí se excita...”.*

En la cama, con Lucho, juega a ser grande y atrevida. Hasta que, casi sin darse cuenta, aquí también el interés se va esfu-

mando... Hasta que otra vez, empieza a aburrirse: “*Ya no tengo tantas ganas de tener relaciones con él. No tengo ganas... Siempre igual, siempre lo mismo... Y eso que yo le digo por qué no innova un poco, que sea más romántico, que me traiga flores, o bombones, o algo...*”.

Es posible que la sexualidad, en Milagros, esté en función de encontrar un equilibrio en su propia autoestima; es posible que esté buscando a alguien que la mire con amor, que la desee con amor, que le haga el amor con amor. Sin embargo, todo esto, por momentos, se vuelve indiferente.

Cómo duele el duelo...

Su mamá se murió de una manera rápida y violenta. Un cáncer implacable la transformó en un manajo de huesos y algo de carne, despojándola de su voluntad, de sus movimientos, de su voz... Mamá se murió... ¿y ahora, qué hay que hacer? Lo primero que hay que hacer es vaciar el placard. Así lo hicieron, ella y sus hermanos, al otro día del entierro.

No hubo muchas lágrimas, y todo parecía estar tranquilo. Su papá estaba tranquilo, sus hermanos estaban tranquilos, ella también. Lo único raro en esos días era el sueño... no lograba dormir bien, unas pesadillas aterradoras la despertaban. Y si no eran las pesadillas, se despertaba igual.

Cuando volví a verla, pasado ya un mes de la muerte de su mamá, no había relación entre lo sucedido y su actitud. Parecía que todo estaba bien, ella lo había entendido, son cosas que pasan. La única lección que aprendió de todo esto – me decía– era la certeza de que el futuro no existe... hoy estamos y mañana no sabemos. No aparecían recuerdos, no aparecían angustias, solo había distancia.

Recién pasados los tres o cuatro meses, cuando ya papá le habló de una mujer que conoció, empezó a sentirse el dolor. Y cuánto duele...

Esta forma que tiene Milagros de defenderse de lo que le duele separando, distanciando, escindiendo; este mecanismo que utiliza para protegerse es muy propio de ella... lo conoce bien. Es el mismo que usó a sus 12 años cuando su mamá le contó que iba a divorciarse de su papá. Ella se había dado cuenta de que él dormía en el sofá, pero no preguntó nada. Tampoco preguntó nada mientras su mamá le informaba esta decisión. Además, como al final no se separaron, para qué preguntar. Preguntar es una manera de saber, y saber es una manera de sentir. Y ella presente que sentir puede ser peligroso.

“Papá, ¿me mirás...?”

Mientras transcurren las sesiones y las supervisiones, se me va dibujando de manera más definida la historia de Milagros. Es posible que sus padres actuaran con ella con una especie de formalidad; que hicieran lo que debían hacer. Es como si los cuidados que recibió, las miradas que la miraron, las voces que le hablaron, no le hubiesen dicho “*qué lindo que es estar con vos...*”, sólo fueron cuidados y miradas y voces cumplidoras. Tal vez faltó el afecto que encierra la caricia de un cuidado, la ternura de una mirada, la música de una palabra.

Lo que sucedió al regreso de sus vacaciones en las sierras (Sucedidos/2) es un poco extraño. Su papá, más que interesarse por ella, se interesó por la camioneta. Es extraño, pero para ella —en realidad— no lo es. Es muy común “*que papá reaccione así*”. Ella no importa, importan las cosas; y también importa que ella no moleste. “*Papá, voy a dejar Diseño, me di cuenta de*

que no me gusta...”. “No importa, está bien, hacé lo que quieras...” —dice el padre—. El padre resuelve cuestiones desde el punto de vista práctico, pero no tiene en cuenta los sentimientos, no se da cuenta qué significan para ella ciertas cosas. Esto, en la historia de ella, se naturalizó. Los hechos no significan, no importan. Es como si fuera lo mismo el blanco, el negro, el gris y el verde... después de todo son colores, ¿cuál es la diferencia?

Tal vez, “a primer oído”, no suene tan mal tener un papá que cubra todas las necesidades, que cumpla todos los deseos. Sin embargo, no hace falta ser tan agudo para darse cuenta de que en todo esto, ella no aparece... Ella no importa... Lo que Milagros necesita es que el padre la mire, le pregunte, la tenga en cuenta, le diga algo así como...»*¿Cómo estás vos, te pasó algo, te asustaste...? Bueno, quedate tranquila que yo te voy a buscar*»; y que la ayude a pensar.

—Yo le dije (a papá) ‘acordate de llamarme’, en chiste... porque a mi hermano lo llama pero a mí no... [...] Ahora él está reocupado con esa novia que tiene, va a los mismos boliches que yo, no sé, no se da cuenta de que estoy yo ahí con mis amigos... ¿No me ve? ¿Tengo que decirle yo, ‘Papá, me mirás, por favor’?

.....

Trabajar con Milagros no fue sencillo, pero esto mismo también podría decirlo de otros pacientes. Trabajar con Milagros requirió mucho tiempo, mucha paciencia, mucho cariño. De a poquito, a medida que iban transcurriendo las sesiones, yo trataba de nombrar, como si fuera el título de un capítulo, el sentimiento que ella intentaba transmitirme. Ella intentaba transmitirlo, pero sin saber que lo intentaba. Preguntas acerca del cómo, cuándo, de qué manera, cuál es el nexo causal entre

una cosa y otra, la ayudaban a discriminar, a poner un orden, a diferenciar entre tanta confusión. La ayudaban a caer en la cuenta de que existen distintos sabores, diferentes texturas, muchos colores, y que el mundo es más amplio de lo que ella creía. Cada momento que íbamos viviendo juntas era un pedacito de “experiencia nueva” que la ayudaba a constituirse. Es posible que el espacio analítico funcionara como lo hace la tierra fértil con la semilla, que contiene toda su potencia dentro de ella, pero sin el terreno adecuado queda sin nacer. Más allá de las palabras, fue la música de las palabras; más allá de las interpretaciones, fue el tono de las interpretaciones; fueron los gestos, las miradas, el clima en el que trabajábamos que hicieron que se produjera en ella el Milagro de sentir.

Como comenté al principio de estas páginas, mi intención inicial fue contar la historia del primer año y medio del tratamiento de una paciente. Y después de varias lecturas, y de algunos comentarios que me hicieron los lectores del borrador, me di cuenta de que, en realidad, conté “nuestra” historia, la historia que Milagros y yo fuimos tejiendo juntas, fuimos construyendo entre las dos...

Hoy, hace ya más de cinco años que estamos trabajando juntas. Milagros no es la misma “chica” que vi la primera vez en mi consultorio. Con paciencia, y de a poquito, fue creciendo, fue logrando, fue sintiendo, fue amando.

Y tal vez la elegí a ella para formar parte de este libro porque es mi manera de decirle gracias. Gracias por darme la oportunidad de acompañarla a caminar, y también de maravillarme otra vez de este bello y laborioso trabajo que algunos llaman “*el arte de psicoanalizar*”.

3. Epílogo

Quiero contarles algo que relata Galeano en *El libro de los abrazos*.⁵ Lleva por título “El parto”.

“Tres días de parto y el hijo no salía:

–*Tá trancado. El negrito tá trancado* –dijo el hombre.

Él venía de un rancho perdido en los campos.

Y el médico fue.

Maletín en mano, bajo el sol del mediodía, el médico anduvo hacia la lejanía, hacia la soledad, donde todo parece cosa del jodido destino; y llegó y vio.

Después se lo contó a Gloria Galván:

–*La mujer estaba en las últimas, pero todavía jadeaba y sudaba y tenía los ojos muy abiertos. A mí me faltaba experiencia en cosas así. Yo temblaba, estaba sin un criterio. Y en eso, cuando corrí la cobija, vi un brazo chiquitito asomando entre las piernas abiertas de la mujer.*

El médico se dio cuenta de que el hombre había estado tirando. El bracito estaba despellejado y sin vida, un colgajo sucio de sangre seca, y el médico pensó: *No hay nada que hacer.*

Y sin embargo, quién sabe por qué, lo acarició. Rozó con el dedo índice aquella cosa inerte y al llegar a la manito, súbitamente la manito se cerró y le apretó el dedo con alma y vida.

⁵ Eduardo Galeano (1989) *El libro de los abrazos*, pág. 210. Siglo Veintiuno de España Editores.

Entonces el médico pidió que le hirvieran agua y se arregó la camisa”.

Por momentos yo me siento como ese hombre que tiraba con fuerza del bracito de su hijo, intentando de esa manera sacarlo de su encierro... Por momentos me siento así, queriendo que Milagros sienta, arrancándola de su soledad, de su distancia, de su propio encierro.

Otras veces siento que soy ese médico inexperto, sin criterio, que acaricia. Y entonces la esperanza crece y lo abarca todo. Porque la caricia es mía; pero el aferrarse con alma y vida es de ella.

Entonces, siento que va a nacer...